

su sentencia. Y ninguno de los que así fallan se atreveria, sin embargo, á encargarse de dirigir un barco sin ser marino, ni á formular una receta sin ser médico, ni á fraccionar un campo sin ser geómetra, no obstante que estos problemas son comparativamente mucho menos complexos que los que de continuo tiene que resolver el gobernante.

En los siglos futuros conquistará la ciencia sin duda alguna el lugar prominente que en todo y para todo le corresponde. Si hasta hoy el mas absurdo empirismo ha establecido sucesivamente por únicas condiciones para elevarse al rango de legislador, ya la nobleza de nacimiento, ya la gloria militar, ya el monto del capital, ya la elocuencia y otras cualidades mas ó menos heterogéneas, pero que son las que mas impresionan á las masas ignorantes, las sociedades venideras, mas cultas, establecerán el saber por base principal de aquellas elevadas funciones. "Hasta en los conflictos de la fuerza bruta," ha dicho Mr. Gambetta al discurrir sobre las causas que determinaron la derrota de su patria en la guerra franco-prusiana, "siempre se decide la victoria en favor de la mas inteligente."

.....
A la caída de la tarde comenzó á declinar el Norte, y aunque la lluvia no cesaba sino por intervalos, la mar principió á reducir sus olas. Hacia las once de la noche esperábamos ver el faro del cabo Kii en las costas orientales de las islas japonesas; de suerte que á pesar del frio, del viento y de la lluvia salimos algunos pasajeros á esperar la aparición de la luz. El vapor navegaba con cautela por temor de la proximidad de la tierra, y porque la niebla no permitiera acaso percibir el faro sino ya á muy corta distancia de la costa. Como á la media noche lo vimos por fin entre las brumas del horizonte, y fué saludado con un ¡hurrah! general. Estábamos en el Asia.

Poco tiempo despues el mar casi tranquilo al abrigo de las costas en el canal de Uraga, nos proporcionó un sueño reparador; y antes de amanecer echaba el «Vasco» sus anclas en la bahía de Yokohama á cosa de 250 metros de los muelles de la ciudad.

VII

La ciudad de Yokohama. Visita al superintendente de las Aduanas. Primeros preparativos. Las fiestas de Otoño. Aspecto del pueblo japonés. Breves reflexiones sobre la conveniencia de establecer en México colonias japonesas de preferencia á las chinas.

NO bien se detuvo el vapor, cuando el ruido de la maniobra y aun la misma quietud de la embarcacion, á cuyos violentos balances y cabeceos estábamos ya acostumbrados, nos hizo salir de nuestro tranquilo sueño. Aunque todavía reinaba profunda oscuridad, el deseo de aspirar las emanaciones de la tierra y la ardiente curiosidad de conocer en su país á los pobladores del Japon, me quitó el sueño como por encanto, y me incorporé en el lecho con el fin de examinar, siquiera al través de la porta ó ventila de mi cámara, á los tripulantes de los botes japoneses que rodeaban al «Vasco,» y cuya presencia se denunciaba ya por un vago rumor de conversacion en lengua extraña, ya por esa especie de chasquido que producen las olas mansas al mecer una pequeña embarcacion.

Las nubes habian desaparecido casi por completo, y á la escasa claridad de las estrellas solo pude ver por lo pronto como sombras á los asiáticos de los botes, con sus trajes talaes y sin mas tocado que un pañuelo anudado en la parte inferior de la cara, el cual á manera de venda, les defendia la parte superior de la cabeza, las mejillas y las orejas contra el frio, bastante vivo, de la mañana.

A lo largo de la costa se extendia por los muelles y las calles que miran al mar, hasta donde alcanzaba la vista hacia el Norte, una dilatada línea de luces bastante intensas, y que desde luego me dieron á conocer el muy buen alumbrado de gas con que cuenta la ciudad japonesa. A mayor distancia y á cierta altura sobre el mar, se distinguian las negras masas de las colinas que rodean á Yokohama por la parte de tierra, limitando el horizonte las montañas lejanas sobre las que descuella el

dominante pico del Fusi-yama,* cuyo esbelto cono cubierto de nieve se veia blanquear entre las sombras de la noche.

Apenas habia comenzado la vaga claridad del crepúsculo cuando todo el mundo estaba sobre cubierta. Poco despues los primeros reflejos de la aurora empezaron á dorar la cima del Fusi-yama, y descendiendo gradualmente hasta las playas, iban disipando las nieblas y descubriendo el encantador paisaje de la costa que teniamos hácia el Occidente, en la cual se extiende la ciudad casi europea de Yokohama, y un poco mas al Norte su hermana la ciudad enteramente japonesa de Kanagawa. Las colinas cubiertas de verdor, que forman una inmensa curva al derredor de la primera, se veian salpicadas de casas de campo habitadas por las autoridades japonesas y por los representantes de los países extranjeros, cuyas banderas casi siempre están enarboladas.

En el promontorio, llamado "Bluff," que por la parte meridional de la ciudad limita la gran curva de eminencias que la circundan, está el campamento de las dos ó tres compañías de infantería de marina francesa, y no muy lejos de allí el de la inglesa, que ocupan todavía las alturas inmediatas á Yokohama, con gran descontento del gobierno y del pueblo japonés, y acaso tambien con perjuicio de los intereses futuros de aquellas nacionalidades. Pero la incorregible y funesta manía que tienen algunas potencias europeas de hacer por todas partes ostentacion de la fuerza bruta, es superior á los consejos de una política previsora, la cual les indica claramente lo preferible que seria tratar de recobrar la simpatía de los pueblos á quienes han tratado con tanta rudeza, procurando ejercer en ellos la influencia puramente moral, única eficaz y duradera en este siglo. Los anglo-americanos siguen un sistema diametralmente opuesto, y á fé que tienen razon, pues cada dia se atraen mas la amistad de aquel pueblo digno y altivo, que no puede dejar de sentirse profundamente herido al ver dia á dia en su territorio las bayonetas extranjeras. En los últimos dias que pasé en el Japon se decia que el Gobierno Imperial habia rehusado revisar y hacer ciertas reformas á los tratados que tiene celebrados con algunas naciones europeas, mientras estas insistiesen en conservar en aquel país la mas leve manifestacion de fuerza.

La máquina de la descarga comenzó á funcionar con el nuevo dia,

* Fusi-yama significa *montaña sin igual*, y creo que tambien *montaña sagrada*. Su altura se estima en 4310 metros sobre el nivel del mar.

y en medio de la alegre confusion, compañera inseparable del arribo al puerto apetecido, despues de una dilatada y penosa navegacion, todos los pasajeros comenzaron á contratar, para su desembarco, los numerosos botes que nos rodeaban. Yo seguí el ejemplo general, urgido, además, por la necesidad de tomar los últimos informes que me faltaban para decidirme á permanecer en el Japon, ó á continuar el viaje hácia la China. Acompañado por el Sr. Barroso, bajé á uno de aquellos botes, dejando á bordo á los demas compañeros para que hiciesen desembarcar nuestro cargamento en el caso de que debiésemos quedarnos en Yokohama.



«FUNÉ» Ó BOTE JAPONÉS.

En pocos minutos nos condujo á tierra el ligero esquife en que vogábamos. Era una embarcacion larga y estrecha, de doble fondo, alta en la proa y abierta en la popa como todas las que veíamos en la bahía. Estos botes son á veces tan angostos, que para aumentar su estabilidad cuando la mar está algo gruesa, se les arma de un madero de cuatro á cinco metros de longitud, perpendicular á la direccion de la quilla, y terminado por un cuerpo flotante. En cambio son muy ligeros, y un solo hombre los impele y los dirige manejando, generalmente de pié y vuelto hácia la popa, dos remos que emplea á la vez como propulsores y como timones.

Una vez desembarcado, tuve que hacer un supremo esfuerzo de voluntad para no detenerme á examinar cada una de las cosas que veía. Los trajes, los tipos, los diversos objetos de venta, la forma de las casas, todo era diferente de lo que estaba acostumbrado á ver y excitaba vivamente mi curiosidad; pero era preciso no perder tiempo, pues solo contaba á lo mas con un dia para tomar mi determinacion definitiva, debiendo el «Vasco de Gama» proseguir su viaje para la China acaso antes de veinticuatro horas. Por otra parte, es superior á mis fuerzas la descripcion de todo lo que tuve ocasion de ver en el Japon; y ademas de mi insuficiencia para describir, la naturaleza de mis ocupaciones tan apremiantes por la escasez de tiempo para desempeñarlas, me impidió entonces y aun en lo sucesivo observarlo todo con el detenimiento que es indispensable para hacer una pintura fiel de cuanto me llamó la atencion durante mi residencia en aquel país. Habré, pues, de conformarme con reproducir por medio de grabados algunas de las vistas, monumentos y tipos japoneses, copias exactas de muy buenas fotografías que adquirí en Yokohama, las cuales están tomadas directamente de los objetos que representan, y hechas algunas de ellas por el Sr. Barroso tan hábil fotógrafo como entendido ingeniero. Intercalaré los grabados en el curso de toda esta relacion aun cuando no me ocupe especialmente en hablar de los asuntos á que se refieran, con lo cual no puede menos de ganar el lector, porque una buena pintura es siempre superior en elocuencia á la mejor descripcion.

Mi primera diligencia fué la de informarme de la residencia del Sr. Kíndaro Tanaya, superintendente de las aduanas del Imperio, y para quien tenia yo una carta de recomendacion del cónsul japonés de San Francisco. Me dirigí con ese fin á algunos japoneses que se hallaban cerca del muelle, y cuyos uniformes á la europea me hicieron creer que fueran guardas ó empleados inferiores de la administracion; pero á pesar de haberles hablado en inglés, en frances, en español y aun recurriendo á mis escasos conocimientos en el alemán y el italiano, no me comprendieron. Sumamente atentos como todo el pueblo japonés, solo me contestaban con palabras en su idioma y con reverencias y ademanes que demostraban su sentimiento de no poderme prestar sus servicios por no entender lo que yo deseaba. Uno de ellos me condujo hasta una especie de barraca de madera en donde estaba otro empleado que hablaba algunas palabras del frances; pero despues de escuchar con mucha atencion mis

preguntas, y de hacer repetidas genuflexiones á la japonesa, solo me contestó: «j' ai compris bien,» y continuó hablando en su lengua. Le repetí mis preguntas, pronuncié varias veces el nombre del superintendente y se lo mostré escrito en la carta, sin adelantar por eso en lo mas mínimo respecto á informes inteligibles. Por último en sentido interrogativo le dije repetidas veces la palabra *aduanas* en frances y en inglés, y entonces fuí mas feliz, pues me señaló á poca distancia de allí un gran edificio de estilo europeo rodeado de jardines. Nos dirigimos inmediatamente hácia él el Sr. Barroso y yo, despues de dar las gracias á nuestro cicerone, y atravesando el jardín por la primera puerta que se presentó á nuestra vista, entramos á un vestíbulo donde unos guardias con los saludos de costumbre nos indicaron otras piezas en que otros empleados que comprendian el inglés, nos dieron al fin informes acerca de la hora y sitio en que podriamos hablar con el superintendente.

Poco despues le hallamos, en efecto, en su despacho. Al hacernos anunciar, fuimos introducidos á un salon sencillamente adornado á la europea, y en cuyo centro conforme á la costumbre japonesa, se hallaba el estrado consistente en sillas colocadas alderredor de una mesa redonda cubierta con un tapiz, y sobre la cual estaban el braserillo, el tabaco, las pipas y demas útiles de fumar. El Hon. Sr. Kíndaro Tanaya nos recibió con la cortesía característica de su nacion, acompañada de frecuentes inclinaciones de cuerpo, aunque algo templadas á causa tal vez del continuo trato que por la naturaleza de sus funciones debe tener con los europeos y anglo-americanos. Sin duda el superintendente tenia ya aviso de mi llegada y del objeto de mi viaje, pues en muy buen inglés contestó inmediatamente á mis primeras palabras manifestándose sabedor de una y otro. Me dijo que las comisiones francesa y anglo-americana habian estado en Yokohama y en la capital Tokio hácia el mes de Setiembre; y que aunque no estaba seguro de cuáles eran los lugares en que contaban hacer sus observaciones del tránsito de Vénus, creía que fuesen Kobé ó Nagasaki, pues hacia tiempo que se habian embarcado en Yokohama con direccion al Sur del Imperio.

Por falta de datos no podia yo darme cuenta de las razones que debian haber obrado en el ánimo de Mr. Janssen, miembro del Instituto, presidente de la Comision francesa y de Mr. Davidson, presidente de la anglo-americana, para obligarlos á decidirse por la eleccion de estaciones